

## **Mi última lluvia en Santiago**

Mi primera lluvia en Santiago me encontró de seis años, sentado, debajo del techo de un paradero de micro acompañado de mi madre quien me había buscado del jardín. La locomoción no llegaba y empecé a toser de forma involuntaria, por ello mi madre decidió que debíamos irnos a pie.

El camino a casa consistía en un recorrido por cuadras adornadas de grafitis, pavimento irregular y unas mezcolanzas de heces con barro. Antes de llegar, nos detuvimos en un kiosco ubicado al frente del hospital Padre Hurtado. Pedimos un par de sopaipillas y un café de trescientos pesos, el cuál compartimos. Al rodear con mis dedos el vaso de plumavit, me di cuenta de que el frío había disminuido.

Aún no percibía aquel brazo que rodeaba mi espalda como un abrigo.

Mi segunda lluvia en Santiago me encontró como arquero del glorioso equipo del Colegio de Enseñanza Básica Abet contra nuestro archirrival: el Idop. La cancha era una poza de agua, debido a eso nuestros defensas resbalaron un par de veces y nuestro delantero se desgarró el isquiotibial luego de un enganche vertiginoso por la banda. Nadie vio como maldije a mis guantes por no poder detener ninguno de los tres tiros a portería que resultaron en goles. Pero mi madre, estaba allí, en la grada, con su paraguas, conversando con la madre de una compañera.

Me gustaba eso, que pudiera sacarle conversación a cualquier desconocido. Y amaba que pudiese hacer sonreír a muchas personas, inclusive a mí, quien me fui

rezongando todo el camino en taxi porque ella no había visto una de mis “potenciales atajadas” que pudieron haber cambiado el rumbo del juego.

Mi tercera lluvia en Santiago fue cuando terminé con Francesca. Ambos estábamos en el patio del liceo comiendo galletas altas en azúcares, bajas de sinceridad. Los dos sabíamos que nuestra relación estaba rota o terminaría por romperse. Yo me cambiaría a un liceo industrial y ella se quedaría para continuar su carrera en el electivo humanista.

En nuestro caso, el amor a distancia no iba a funcionar, al menos eso pensé yo.

Bromeé con besarnos debajo de la lluvia para hacer nuestra ruptura más cinematográfica, ella sonrió y me besó.

Hasta el día de hoy, siento la calidez de sus labios.

Mi cuarta lluvia en Santiago fue el día que elegí mi carrera, estaba en la fila de una universidad pública. Tenía mi matrícula para estudiar Derecho, mi madre soñaba con que yo trabajara de terno y corbata en la Corte Suprema. Esto debido a que mi padre fue mecánico y siempre anduvo en overol y con las manos negras de grasa. Ella no quería lo mismo para mí.

Yo quería hacerla feliz, firmamos el pagaré y dimos vueltas y vueltas por la sede asombrados por el estilo art decó.

Mi quinta lluvia en Santiago ocurrió cuando fuimos a comer al patio de comidas del Parque Arauco. La situación pintaba para bien: desde que trabajaba y estudiaba, a veces podíamos darnos ciertos lujos como cenar en uno que otro lugar elegante de la capital. Aquel día celebrábamos mi último año de universidad, mis notas

sobresalientes en Cátedra, el reencuentro con Francesca en la facultad y mi deseo de casarnos al año siguiente.

Yo estaba enamorado de la vida, estaba enamorado de Santiago.

Pero me había olvidado de que todo ese tiempo, siempre estuvo lloviendo.

Porque entonces llegó mi sexta lluvia en Santiago.

No pude ni abrir ni cerrar los ojos.

Estaba regresando del trabajo, y encontré a mi madre con un libro en el regazo. La casa olía a kerosene y en la cocina chillaba la tetera. El gato aullaba poseído. Los ojos de mi madre estaban inmóviles, su rostro tirado hacia un lado, su mano inerte. Lo que pasó después, fue una pesadilla que transcurrió aún más rápido de lo que pude asimilar.

Habían empezado los chubascos, y mi ciudad no estaba preparada para un diluvio. Mis calles no eran uniformes, mi suelo no era firme, las casas que había construido durante años no tenían tejado y mis puentes no llevaban a ningún sitio. Los rascacielos de los que me jactaba con orgullo eran meros palafitos ante tal fenómeno diluviano.

Porque la lluvia desnuda las deficiencias.

Pasaron meses, y siguió lloviendo. Tiempo después, me encontré en el cementerio, con el terno empapado y la camisa pegada al cuerpo, leyendo su epitafio una décima vez más. Al menos, ese día algunas rosas logré comprar. Y esa vez yo lloré. Porque mi madre siempre había estado en los días lluviosos, y ahora nunca volvería

a abrazarme, tampoco me protegería del frío, no me acompañaría a los eventos en los que participaba y no ganaba.

Tampoco celebraríamos como familia, ya que ella era la mía.

Me odié porque todo este tiempo ella había cuidado de mí, pero nadie la había cuidado a ella.

Aquella noche agradecí que lloviera en Santiago, porque el olor de la tierra mojada siempre me recordaría a ella.

Me recordaría de las paredes grafitadas y de las calles disperejas.

Me recordaría de las sopaipillas quemadas y el kiosco oxidado.

Me recordaría de su brazo protegiéndome del frío.

Me recordaría tantas cosas...

Y esa vez, fue la última vez que llovió en Santiago.